

FISIOLOGIA DE LA AMAZONA BRASILEIRA

por

NAPOLEON LOPES FILHO

El autor es un bravo, ameno y valioso muchacho brasileño, que se ha propuesto conocer el mundo. Lo hemos oído con agrado en nuestra tribuna.

Al hablaros de la Amazonia, lo hacemos con el mismo cuidado que si estuviéramos penetrando en la propia selva. Tanto y tan bien se ha escrito y hablado de ese mundo siempre misterioso que acogemos el consejo de Rilke, de "no escribir poemas de amor", porque en el género ya viven para siempre cosas brillantemente realizadas. Sobre la Amazonia, lo mismo diremos nosotros —hay mucho que ver, que sentir y poco que decir, si se quiere ser discreto.

Nuestro orgullo rompe esta ley y lo hace humildemente, porque al revivir recuerdos, damos vida a algunas imágenes (no hay realmente otra forma de liberarnos de ellas), pero, de tal modo que parecería fuéramos el primer hombre que se atreviera a decir a los otros lo que lo ha encantado, o mejor dicho, subyugado su sensibilidad al respirar aquel aire denso, coloreado y casi irreal, que baila sobre todo el valle inundado.

Orellana es el primer responsable de las fantasías que hoy día todos alimentamos. Al bajar el Amazonas, desde el Perú hasta el Atlántico, en un rasgo españolísimo de coraje y quijotismo, tuvo que sostener varias peleas con indios que en su desnudez y elegancia le parecieron mujeres, a las cuales llamó amazonas, haciendo por su cuenta y riesgo, una inmigración al trópico de esa raza maravillosa de que nos hablan Teseo y sus compañeros de mitología.

Más tarde, vinieron los portugueses con sus carabelas y en meses y meses de navegación río arriba, llenaron las bodegas de sus barcos de guacamayas, de indios, de monos, de flores y frutos, los más bizarros; de vainilla, de resinas, de fieras autóctonas, y así, al volver a su metrópoli, hacían

relatos y documentaciones, tal vez, en gran parte verdaderos, que lograron más efecto en la imaginación de todos los demás, que las telas de Von Breughel le Vieux, o las descripciones del infierno en el cantar de los poetas medievales.

Además, estábamos muy cerca por aquel entonces de la creencia de que el Atlántico era el "mar tenebroso", y ¿por qué no admitir que ese mar fuera emparentado con otras aguas todavía más misteriosas y patria de razas muy distantes de las nuestras? Pasaron muchos siglos y no estamos muy seguros de nosotros mismos cuando queremos hablar de esas tierras y de esa **mar dulce**, que es descomunal en todos los aspectos.

Geográficamente, la Amazonia es un anfiteatro rodeado por varias banderas —la peruana en el oriente, con la de Bolivia en los contrafuertes andinos; la colombiana con una entrada para el noroeste, en Leticia; la ecuatoriana en sus vertientes; la de Venezuela al norte, y tres europeas, en las Guayanas. El gran "circo sin techo", como lo calificó el poeta Ramayana de Chevalier, es siempre verde, de una verdura avasalladora y en su totalidad es brasileño; por lo menos con vida y muerte en el Brasil.

Si lo viéramos desde muy alto, siguiendo los vuelos de Picard, el valle amazónico se nos presentaría como la cabellera de una mujer gigantesca, despeinada, salvaje, tendida toda en una sola dirección, como atraída por un imán al océano. De la izquierda y de la derecha le llegan ríos caudalosos con la participación de su vida colorida y su muerte fecunda en el coloso que sigue pesadamente su marcha inexorable, el padre de los ríos, el diluviano Amazonas.

Es la enorme arena el laboratorio de Dios. El hombre asiste allí a una Génesis diaria de un mundo dinámico; si las provincias de la Amazonia son un infierno para el hombre tranquilo, que está acostumbrado a agitar su cerebro en Wall Street y descansar sus músculos en Miami o en una isla Bahama, son por otro aspecto el Paraíso para el cientista, y para el artista un encadenamiento de milagros.

La geología, la botánica, la climatología, todo un pulsar prehistórico está allí hablando claro a los estudiosos. Si uno se transmonta en la corriente para la derecha y oeste, va a encontrar los bosques más densos que cubren el orbe, si va al lado opuesto, encontrará las praderas que canta Virgilio. Cada ángulo de tierra tiene su participación con una muestra de cosa nueva, de variedad de fauna y flora que lleva al más frío y sereno de los hombres a un éxtasis irresistible.

A pesar de que todo está continuamente en movimiento, y tal vez, por esa misma razón, la vida allí puede encontrar leyes determinantes de su origen, y las leyes que se contradicen también tienen su fuerza. Buckle y Agassiz, por ejemplo, dijeron cosas gravísimas que duraron años y sirvieron de base a las pesquisas científicas en Europa. Más tarde se contradijeron por la raíz. Tal vez uno y otros tengan razón, más el Amazonas tiene más razón, y cambia al capricho de fuerzas más poderosas que esa de la ciencia humana.

La afirmación geológica de Girard, citado por Büchner, de que cinco pulgadas de aluvión gastan como cien años en sedimentarse, se contradice en el Amazonas, donde se encuentran palmos y pies de limo amontonado en

islas artificialmente creadas, dada la rapidez de su formación, a su salida al mar, por el río Pará.

Lo que arrastra la mirada del hombre en el Amazonas es el caminar de ese Ahasvero líquido andando, andando, y nunca solo, sino que lleva como conquistador, seguro de su presa, a todos los elementos vivos: "los vegetales son vagabundos, los pueblos nómades, los peces inciertos, las casas inestables, las piedras errantes, las aguas fugitivas". Todo marcha como si caminase en un retorno y no en un avance. Y ¿por qué? Dice Agassiz, ese vidente que por allí peregrinó años, que, en otros tiempos, la "tremenda cuenca amazónica se extendía océano adentro, de tal manera que los ríos del nordeste del Brasil, hasta la región de Parahyba, por ejemplo, que hoy siguen la dirección del mismo río, caminaban en sentido inverso"; eso lo dijo por los años de 1865, cuando los naturalistas que llegaron a encontrar en el valle amazónico su mundo y sus gabinetes de estudio, empezaron a llenarse de material americano. El mundo aprendió a conocerse allí. Vinieron Martius, el estupendo botánico alemán, Orville, Orton, Federico Hartt y cada uno de ellos llevó un conocimiento nuevo, para los demás hombres, de curiosidad científica. Las capas geológicas fueron removidas y los esquistos, los pórfidos arcaicos, el gneiss, trajeron a flote las eras paleozoicas, y con ellas nuevos soles.

Otros se conmovieron y se entusiasmaron desde sus chimeneas europeas y se atrevieron a penetrar en el mundo verde. Llegó Von Spix y encuentra que en el Brasil las familias ictiológicas suben a 700; cuarenta años más tarde, Agassiz reconoce que hay solamente en el Amazonas cerca de dos mil familias, el doble de lo que existe en el Mediterráneo y más que todas las especies conocidas en todo el Atlántico. Una mujer, Emilia Snethlage, colecciona unos pajaritos minúsculos que bailan suspendidos en el aire, succionando a las flores, —en el Brasil los llamamos "Beija-Flor" —y logra registrar 118 géneros distintos. William Bates eleva la riqueza animal del valle a 14.712 especies. De esa cifra, clasifica separadamente 8.000 completamente nuevas, deducción esa hecha en diez años de pesquisas por el alto río Amazonas, teniendo como base de operaciones una pequeña población llamada Teffé. Sólo en macacos, monos de cola aprehensora, se encuentran 38 especies. Las maravillas de fecundidad no se detienen allí. Wallace, que sostenía con Darwin una fuerte disputa científica, coleccionó 500 familias de pájaros. En los alrededores de Belem, esa típica ciudad medio atlántica, medio amazónica, llueve matemáticamente a las tres y media de cada día (es uno de los sitios de la tierra donde los pluviómetros alcanzan más altos índices) y a esto se añade una lluvia singularísima de frutas sobre nuestras desprevenidas cabezas... puesto que en su tiempo los mangos que están madurando a una respetable altura se vienen de lleno sobre los que están abajo, tomando fresco, empezando algún romance tropical o bebiendo lentamente al gusto de sentirse como dueños del horizonte, más lleno de colorido que Dios ha puesto sobre nuestro planeta. Pues allí mismo, en esa ciudad de Belem, o como querían los antiguos, Nuestra Señora de Belem, se entregaron los entomólogos a una cacería de la cual resultó la catalogación de 700 especies de mariposas, cuando las Islas Británicas poseen, apenas, 66 y toda Europa no alcanza a registrar más de 390. En una abundancia exagerada que se extrema al punto de causar la miseria del hombre que allí

habita, es justo que la imaginación nos haga perder el equilibrio. Si nos reportamos al puro campo de la ciencia, nos dicen estos señores tales cifras, que si nos separamos de ellos —dado nuestro hábito brasileño, hábito de exagerar— podremos decir todo, porque todo debe ser perdonado, ya que en nosotros puede ser exageración; pero ¿qué decir de Humboldt, que se equivocó con el nacimiento del Amazonas, o de Herdon, que erró al calcular la velocidad de su corriente y del error colectivo de Orton, Castelnau, Spix y Martius con la actitud de la triple frontera del Brasil con Colombia y el Perú?

Vamos a ver cómo, desde que uno parte del Atlántico, adentrándose en ese mundo envolvente, se va sintiendo presionado por las formas y colores, poco a poco, pero violentamente, hasta el punto de saturarse y querer volver a las medidas primeras, devolviendo al cuerpo la circulación sin fiebre y al pecho la calma necesaria para valorar todo lo que se ha visto. Sobre el Amazonas sólo es posible decir alguna cosa cierta, una vez que se siente reposada la imagen en la mente como un sedimento se asienta en el fondo de una copa después de agitarla violentamente.

Considerada Belem como la última ciudad marítima con todo el confort de una civilización adelantada, la entrada del Amazonas presenta una puerta, una antesala —la Bahía de Marajó, llamada así por su anchura, y el gaiola, que es el barco típico de la navegación amazónica, juega como si estuviera en alta mar. Una noche es suficiente para cruzar la Bahía y entrar por lo que se llama Furos de Breves, que es todo un capricho geológico, una obra maestra de orfebrería de la naturaleza. Es un laberinto de mil hilos de agua, tejido por una labor incesante que mueve el río. Las raíces de los árboles en las márgenes, que están siempre cerca del buque, están afuera con una risa de mendigo cínico; blancas, retorcidas, viviendo una vida anfibia, seis horas sobre el agua, y otras seis sumergidas. En las orillas, que varían fuertemente de altura, está la floresta con sus mil candados; linda, pero hostil, bordada de flores y movida de pájaros, fría en su belleza, como una promesa de muerte en la serenidad secular.

No es raro ver blanqueando en una curva del río que ya no es el río, sino una décima parte de él, una calavera de cocodrilo en la misma posición que la dejara su dueño al morir, hueso por hueso, perfectamente dispuestos. Más tarde cae sobre él un bloque de tierra y en ese sepulcro esperará a nuestros futuros parientes científicos para que digan cómo era nuestro mundo en el siglo veinte. Los monos son la única nota alegre; saltan, gritan y estremecen las ramas, cambiando el tono del verde desde su matiz más claro hasta el más oscuro de la escala clorofilada. Una que otra casa a cierta distancia; casi todas tienen el mismo aspecto, cuando se trata de la habitación del trabajador que allí tiene su nombre especial: **seringueiro**, o sea, el que trabaja en la seringa, nombre popular de la **hévea brasiliensis**, árbol que se desangra en oro y alimenta la moderna industria del caucho. Más adelante diremos algo de ese nombre y de su generoso vegetal. La cabaña, generalmente está construida sobre estacas, para evitar la marea y las periódicas crecientes del río. Eso da al paisaje el típico aspecto del mundo prehistórico de las palafitas y el mismo hombre tiene los caracteres blancos mezclados a los del indio que existiera allí cuando llegaron los conquistadores en plena era de la piedra pulida. Así, la expresión es muy jus-

ta. Casi siempre tienen dos cuartos separados por paredes de paja cruzada, y el techo cae en puntas de hojas de palmas secas como una lluvia amarilla, o como crines de caballo. La puerta principal dispone de una pequeña escalera, donde fatalmente, pues en cada cien hay una excepción, se encuentra un niño casi desnudo mirando el buque que pasa, gimiendo por el esfuerzo titánico de vencer el agua pesada y enemiga. A los lados hay una plantación de maíz, de yuca, con algunos frijoles serpenteando sobre estacas de bambú, destróginos y voluptuosos. Por el suelo una culebra vegetal crece un palmo por noche, tapiza la propiedad y regala al dueño un fruto útil y sabroso, la **abobora**. Más atrás, la muralla invencible de donde viene la música bárbara de los animales, los caminos oscuros, que siempre a la "diritta via e smarrita".

Lo que encanta y es un anuncio de jardín es la garza, blanca definición de armonía; pensativa cuando se detiene, y maravillosa cuando vuela, pedazo de nube sobre la tierra, albísima, móvil flor sobre las aguas, la garza, sola o en bandada, da luz a quien la mira. Casi siempre se detiene sobre una pierna y espera que se acerque el buque hasta pocos metros. Da entonces un pequeño salto y abre las alas para deslizarse blandamente como inmaterializada, y embriagar a quien la sigue en el vuelo, olvidado de todas las cosas.

El "gaiola", sigue así, por días y días, entrando y saliendo del Amazonas por sus brazos y "furos" o "paraná", navegando casi siempre al margen de la floresta, a pocos metros, frente al otro lado, casi perdido en el horizonte, verde orla que se asemeja a una serpiente sin fin, que nos acompaña irremediablemente doblando en cada curva, lánguidamente, ondulando sobre las colinas del terreno y haciendo un hiato al pasar por pequeños pueblos, como si quisiera evitar la presencia del hombre.

Los ríos que vienen de otras tierras cuando son pequeños son llamados "igarapés", palabra indígena; como casi todo en el Amazona tiene etimología tupy o tapuya. Los "igarapés" son navegables únicamente por pequeñas canoas, que también llaman allá "montura", porque substituyen el caballo en las faenas del hombre que necesita movimiento, intercambio, palabras cruzadas, la inutilidad de una conversación. Los grandes ríos son ya tan grandes casi como el mismo Amazonas, así que uno no se da cuenta que él llega. No hay lucha, las aguas se interpretan lentamente y siguen juntas, como si hubieran aplazado una cita desde muy lejos. Solamente el color revela su personalidad, momentáneamente. A la derecha, donde está instalada la Fordlandia vive el río Tapajós, azul y riquísimo en fauna y flora. Ancho, sonoro, tiene a su salida la ciudad viejísima de Santarem, donde suben a bordo miles de vendedores con sus trabajos de cerámica, de paja, de fibras rarísimas, con sus perfumes vegetales, con sus pieles multicolores, y discuten precios y venden por casi nada el producto de largas horas de trabajo manual. Más arriba a unas cinco horas, pero ya fuera de la línea normal de navegación, está la concesión Ford, que es un modelo de colonización tropical. Casas de madera, con tela de alambre, para evitar la inoportuna visita de los mosquitos que no son pocos en aquella tierra de abundancia... Calles geométricamente trazadas, Iglesia, Escuela, campos de sport y laboratorios dirigidos por técnicos botánicos de reconocida competencia. El paisaje es el mismo: exuberancia de árboles muy altos, lia-

nas entrecruzadas que impiden mirar hacia adelante, catleas derrochando colores profusamente, distribuídas por la soledad. Rayos de luz entrecorriendo con dificultad las ramas para iluminar el suelo cubierto de materia orgánica, pudriéndose en una fecundidad asombrosa, paso de serpientes tranquilas, morada de ratones comestibles, depósito de semillas coloreadas del precioso guaraná, bebida refrescante que obra milagros en las personas de salud agotada; en suma, mil y cinco cosas que es imposible enumerar, porque está en la misma proporción el desorden, como suelen estar las células vistas por un profano bajo la lente de un microscopio.

Viene la tarde, la gente atiende al llamado del gong que anuncia la comida. Todos comentan la belleza y dicen frases vulgares. El comedor es al aire libre, en general; por eso llámase "gaiola", porque tiene rejas en lugar de paredes. Allí todos comen pescados amazónicos, "tambaquí", "tuncunares", "piraurcús", "tartarugas", o sean tortugas.

La noche viene como una madre, vestida de colores, con los ojos brillantes de estrellas, reflejándose llena de vanidad en las aguas largas del río. Allá, en una pequeña abertura de luz, el sol se hunde. En la proa del barco se oye una plegaria de la máquina contra la fatalidad de la corriente, un gemido sonoro y continuo. Una margen está cerca y roza con los brazos de los árboles gigantescos la hilera de luces del buque. Los ojos de la noche se abren más en la oscuridad. El otro lado ya no nos asusta con la serpiente que se fué a dormir cubierta de sombras.

El Amazonas enorme abre sus húmedas fronteras al ensueño. La noche está todavía clara porque el reflejo del poniente se alza por las alturas ecuatoriales como un estremecimiento desesperado de vida. En el gran desierto líquido se ve de vez en cuando una lengua de fuego temblando de miedo: en la casa de un caboclo "seringueiro", que cuenta a la familia las aventuras del día, y llena la imaginación de los niños, medio dormidos, de leyendas que le contaron sus antepasados indios, con el colorido puro, bronco y violentamente bello de las cosas primitivas.

Los pilotos siguen trabajando. Los mapas varían de viaje en viaje, porque todo allí está en constante transformación; a veces surge ante sus ojos atónitos una isla que no está en la carta, a veces desaparece una. En la proa, está un marinero práctico que tira al agua parduzca una sonda de plomo que va a tocar el fondo, midiendo en medida antigua de Portugal la profundidad y monótonamente repite: 5 braças, 4 & fartas ! 6 braças, 5 braças escassas...

Otra curva en el río, larga, bien larga, nos hace creer que entramos en un lago. La luna viene a mirarse. El lago se llama Espejo de la Luna, en lengua india —Jacy-Tára. Un nubarrón pesado oscurece todo, el calor sofoca y la gente duerme en hamacas, cuadrículando la cubierta de cuerpos que se desintegran de cansancio. La noche no admite nada que no sea la sombra de la floresta, el silencio musical del agua, el cielo distante y una quietud tropical, recortada por la proa del barco que sube, sube indefinidamente. Según dice Raymundo de Moraes, un viejo comandante de navío, que navegó toda su vida por los ríos de la Amazonia y publicó libros interesantísimos sobre la vida y costumbres del valle, en su libro "La Planicie Amazónica": "La ciencia de Hartt en el estudio geológico se transmite en la visión general de la región por el estudio botánico de Martius". Realmente

allí no es posible separar una cosa de otra. "Reflexionando en el nomadismo de la tierra, que emigra en las aguas por un proceso de dinámica hidrográfica, el habitante del valle amazónico emigra también; es nómada en el circuito de la cuenca, fijando en la retentiva visual de las arenas terráqueas por el pueblo verde de los árboles; la geografía que se graba, es la geografía botánica. Describe el suelo por los vegetales como los caldeos describían el destino por las estrellas del cielo. Navega por los hilos esmeraldinos de las orillas como el nauta del descubrimiento navegaba mirando el gris de horizonte".

Conoce todos los misterios por indicación de los vegetales, de ellos hace su invulnerabilidad. Para el cientista cada árbol marca una región de tal época, cada raíz revela la capa geológica de que depende; para el "seringueiro" la cosa no tiene esa trascendencia, pero tiene también su valor inestimable, pues la defensa contra los mil animales y peligros del clima, de las enfermedades y del mal tiempo se hacen por ellos; además son seguros índices reveladores de caza y pesca. Esa sabiduría nativa no falla jamás, y se transmite a los navegantes de las compañías nacionales, que saben valerse bien de indicaciones que a muchos pueden parecer chistosas.

Mariposas en las márgenes, vaciante segura. Espuma en la corriente, creciente rápida y fuerte; hormigas sobre tal madera, creciente hasta tal punto; la aparición de tal pájaro profetiza lluvia a tal hora, y cosas semejantes, frutos de una intuición heredadas por las necesidades de cada día.

La pesca, como es de imaginarse, constituye en el Amazonas la base de la vida. Ningún hombre está en contacto con la madre tierra y el padre río como el caboclo amazónico. Día y noche, semidesnudo, oscilando sobre la corriente con su canoa que el indígena denominó **igá** o **piróga**, siente que la pulsación del corazón de la naturaleza es también el suyo. Su vida primitiva, o cuanto puede ser la de un ser que ve diariamente aviones cruzando su cielo y que a dos pasos se encuentra con una fiera hambrienta que lo lleva al otro mundo si no se adelanta a eliminarla, sigue pues, entre esas variantes de heroísmo diario llevadas ya con una filosofía de calma, una adaptación resignada y valerosa. Es un hombre adaptado íntegramente a su medio ambiente. Verlo en la pesca del cocodrilo o de la tortuga espanta por su frialdad frente al peligro de muerte, que lo cerca de todos lados. Se coloca el hombre a la orilla de un pequeño lago, **habita** de su presa, y hace con perfección ruidos que imitan a la fiera. Engañado viene el cocodrilo a flote, navegando como un submarino, con los ojos blindados y las narices a guisa de periscopio, moviendo la cola lentamente a diestra y a siniestra. Al acercarse como unos cinco metros, el hombre se tira al agua, pasando por debajo de su enemigo. Al darse cuenta de la burla, el animal regresa en persecución del hombre; hasta cansarlo, repite esta maniobra que no es otra cosa que una corrida de toros acuática. Sabedor de que el cocodrilo no abre la boca bajo el agua, zabelle y en medio del lodo revuelto, sabe aplicarle en la parte más blanda, junto al cuello, su afilado cuchillo. Una mancha de sangre acusa el final de la lucha. Remolca después hacia la orilla al monstruo que llega a tener de cuatro a cinco metros. El cuero, la grasa, le van a dar de vivir algunos días sin preocupaciones. Esto le basta. Como ven ustedes, es la misma cosa que nuestra vida en su esencia. Nosotros luchamos con giros bancarios, con algunas hábiles intri-

gas, con algún malabarismo, con cierta facilidad para escribir o hablar, pero luchamos furiosamente unos contra otros, tal como lo hace crudamente, el hombre de la Amazonia.

Hay allí un pescado que se asemeja en todo a un buey: es el **peixe-boi** o sea, el **pez buey**, **manatus inanguis**, para los científicos. Muge, se alimenta de hierbas, tiene orejas de bovino, es grandote y pesado con bigotes muy crecidos. Su pesca fascinaba a los holandeses de las primeras épocas de la colonia. Todos los documentos del tiempo se refieren con curiosidad y entusiasmo a las calidades excepcionales de su carne, de su cuero fortísimo. Su pesca, hoy día ya poco frecuente, se hace con arpón o arco y flecha, requiriendo gran finura por parte del pescador. Con su canoa, sigue por los remansos, los ojos clavados en las hierbas de las orillas hasta encontrarlas cortadas por los dientes del animal. Cuando lo encuentra, redobla la vigilancia, oídos y ojos abiertos al espacio, sienten el mínimo temblor del viento. Cuando localizan el pez, sólo él tiene seguridad que su flecha no partió en vano. El buey marino, herido, hace lo que llamamos "bater", bate pues, o se hunde en el seno del río, acelerando la velocidad aguas abajo. El pescador se mantiene firme en la proa, arrodillado, con la cuerda envuelta en el brazo y espera siguiendo a toda velocidad por la superficie bipartida del río, hasta que el bruto se cansa y exhausto flota, entregándose vencido y muerto.

La tortuga es otra riqueza del valle; desafortunadamente está bajo la amenaza de desaparecer del todo. Primero, porque es un animal que dura siglos y se reproduce con dificultad. Segundo, porque su valor comercial es vigilado por la ambición de los cazadores, que no descansan. Puede ser pescada o cazada, según el elemento en que se encuentre en determinadas épocas del año. Para pescarla, el amazonense usa de la misma técnica que con el pez-buey, clavándole una flecha en el caparazón, con increíble destreza. Pero cuando sube a las blancas playas, que las bajadas dejan desnudas, como lindas salas amplias en espera de tertulias de mil animales que se reúnen en mitin sonoro; aves, pequeñas y grandes, saurios, venados, allí se juntan por las madrugadas y se hablan con intimidad; las tortugas buscan la playa de arena caliente para depositar sus huevos y los hacen en agujeros, enterrándolos cuidadosamente para que el calor del sol los fecunde. El hombre está cerca y las acecha. En un momento dado, salta la arena. La tortuga se pone en fuga con increíble velocidad. El compañero la espera en el otro extremo, con una larga vara en ángulo de 45 grados entre su brazo y el suelo. Ella sube por el palo hasta que pierde el equilibrio y cae de espaldas, agitando las patas cortas angustiosamente en el aire. Así, después de algunas horas, el caboclo tiene varias tortugas en postura ridícula, vencidas, vivas, con su prole desenterrada y condenada antes de haber nacido. De esos huevos hacen mantequilla y es alimento fortísimo, pues la yema es muy concentrada y retiene todos los elementos necesarios para formar el organismo de las tortuguitas, que al salir ya están aptas para su defensa, con un caparazón capaz de resistir las más duras pruebas.

Como los animales mismos, el hombre consigue inmovilizarse cuando está actuando frente a los animales, que son terriblemente sensibles a los ruidos y movimientos. Se apura en tal forma, que llega a adivinar por los sonidos toda una escena. No es raro, cuando está pescando con vara

que oiga un ruido como si un cuerpo cayese al agua. No se conturba. Sabe bien lo que es. Y se reproduce interiormente el cuadro; hay ciertas plantas que alimentan unos peces muy grandes que se llaman "tambiquís", como unas esferas que caen al agua con un ruido característico. La onza, o sea, el tigre nacional, **felis leo**, o **felis oncia**, un gatón de tres metros, está echado sobre unos viejos troncos; con la punta de la cola golpea la superficie del agua y mira fijamente a su fondo. Los peces, creyendo que son frutas que caen, acuden veloces. La onza les da violento zarpazo y saca dos o tres a la orilla y allí mismo los devora. El hombre al lado se siente robado, pero confía en que la suerte lo puede ayudar todavía...

Hay peces que saltan espontáneamente a las canoas. Llegan a tener sesenta centímetros y una carne sabrosísima. Cerca de las caídas de agua se acumulan por millares y buscan en saltos parabólicos la salida, eligiendo sitios especiales para su reproducción, tal como hacen las trufas en el Canadá. Pero tal es el ansia de huir, y tal la cantidad que se agita en pequeño espacio, que saltan vertiginosamente hacia cualquier dirección, y al ver ese bulto negro de la embarcación se dirigen a él en grupos. El único cuidado que debe tener el pescador es no dejar que su barco se llene demasiado...

Hay otras mil maneras de pescar, pero no queremos especializar la palestra en pesquería. Cierto que no puede comprenderse el Amazonas sin ese capítulo; hasta existen varios tratados de pesca en el Amazonas; uno de los más importantes es el del escritor e historiador amazonense, José Verissinno, denominado "A pesca na Amazonia".

Como nota curiosa, citaremos otros peces peculiares de esa región, que se distinguen por aspectos singulares. El "candirú", que amenaza los bañistas violentamente por todos los orificios del cuerpo; la "picarára", de vivo colorido, que cambia con la grasa de su piel el color verde de los papagayos en rojo; el "tralhoto", que tiene la curiosísima propiedad de dilatar los cuerpos al simple contacto; el "boto", cuyo ojo disecado es tálismán precioso y ambicionado por las mujeres, porque, según leyendas, se transforma en príncipe encantado y rapta a las más hermosas cuando se extienden llenas de encanto a las orillas caprichosas del río maravilloso.

La lucha por la conservación de la vida asume allí aspectos fabulosos. No sólo en el reino animal se producen los choques más violentos, las carnicerías más bárbaras, como la del tigre al comer la cola del cocodrilo, que se inmoviliza de pánico y se deja mutilar, para después morir en los dientes de las "**piranhas**" que lo devoran instantáneamente; como la gracia del mismo cocodrilo, cuando en el verano se pone al margen de los lagos con la boca ampliamente abierta hasta llenarla de millones de insectos, mariposas, moscas, mosquitos, y la cierra inesperadamente, alimentándose de un cocktail que haría la envidia de cualquier estomólogo, sino que el reino vegetal entra también con su dosis de fantasía real.

Hay un parásito en ese paraíso de los parásitos que es la hoya amazónica, que derriba los más altos y fuertes maderos de la floresta como si fuera un gladiador invencible. Es el "**apuizeiro**", o sea, el **ficus fagifolia**. Humilde en sus raíces, se insinúa por las ramas altas, buscando abrigo, que no le niega el hermoso "cumarú", uno de los príncipes de las tribus vegetales. Allí lo depositó un pajarito peregrino y allí crece el más raro

de los vegetales. Como una serpiente de seda, un hilo frágil, plástico, baja lentamente por el tronco altísimo, hasta el suelo. Al principio se alimenta de la humedad del aire y de lo que obtiene del árbol que eligió el destino para víctima. Al llegar con sus radículas al suelo inicia, ya entonces seguro de sí mismo, la lucha que no terminará sino con la muerte de su protector. Se introduce en el suelo y va haciendo más fuerte su abrazo cada vez. Sus lianas, en un principio frágil hilo, son ahora cuerdas que van engrosando y afirmándose victoriosamente sobre el coloso que ya empieza a sentir los efectos del abrazo trágico y silencioso. Sube hasta las últimas hojas, en su caricia fatal, da vueltas, no deja un sólo lugar sin penetrar con sus potentes dedos. Crece, sofoca, mata. El coloso que las tempestades no consiguieron derribar, el héroe multiseccular, queda allí vencido por una capa mortífera que lo cubre íntegro en un abrazo feroz que es el símbolo de la lucha en el Amazonas misterioso y violento.

Otros enemigos comunes al hombre y a los vegetales son las hormigas que allá toman, como todo, el aspecto calamitoso de plaga y catástrofe. Cuando estuvo en viaje de estudio por nuestro continente Auguste Saint-Hilaire, tuvo la oportunidad de emitir un pensamiento que fué tomado en broma, pero que es una verdad fundamental para el Brasil: "Ou o brasileiro mata a saúva ou a saúva mata o brasileiro". "Saúva" es una hormiga vulgar en nuestro país, sumamente voraz, grande, de color rojo, una de las mejores organizadoras de ciudades subterráneas, estrategas insuperadas, obreras incansables, ruina, en una palabra, del trabajo humano en cualquier trecho de tierra cultivada. En el Amazonas las hay de mil tamaños y formas. Existe la que llaman de fuego, que cuando pica hace llorar de dolor y deja un ácido corrosivo tremendo, que actúa sobre la piel y que casi siempre abre surcos para heridas de prolongada duración; otra llamada "taxi", veloz e igualmente indeseable; resta la "tucandeira" la más caprichosa dibujante del bosque. En cada hoja deja una huella de su paso en la forma más pintoresca. Además, tiene la curiosa propiedad de transformarse en vegetal después de muerta. Como se alimenta casi exclusivamente de ciertas semillas, al morir, si no las ha conseguido digerir del todo, queda con esa extraña promesa de reproducción: Pone las patitas al aire y la semilla germina desde el interior del vientre, dando nacimiento a un nuevo árbol que va a enriquecer de color la portentosa Hyléa del Barón de Humboldt.

Pero hasta aquí lo curioso. Veamos cómo las hormigas, aunque pequeñas, son también unas fieras peligrosísimas. Hay una negra, bárbara, cuyo jefe, si tiene nombre, debe llamarse Atila. Los amazonenses la llaman "saca-sáia", que traducido al pie de la letra significa "quita-falda". En determinadas épocas del año, huyendo de las crecientes, que presienten maravillosamente, informadas por algún T. S. F. que no conocemos todavía, abandona sus casas que están generalmente a las orillas, hechas de barro rojo, de tres a cuatro pies de altura, y terminadas en forma cónica, por la acción del viento y de las lluvias. Vienen en marcha forzada, en billones, llenando de pavor a todos los habitantes de la selva. Indios, fieras, animales domésticos, agricultores, todos huyen en una hégira común frente a esos bárbaros minúsculos. Ese ejército en fuga no perdona a nadie. Destruye árboles, y va abriendo carreteras en pocos minutos. Al acercar-

se a las habitaciones se siente su rumor, un rumor seco y sordo, un chillido trágico, al que precede el vuelo asustado de las aves, el galopar violento del tapir, la carrera de todos los ratones y conejos salvajes. Todos huyen para el centro del río y esperan durante horas y horas que pase ese ejército sin banderas. Pero cuando llegan sorpresivamente y nadie consigue fugarse, el único remedio es la inmovilidad. Las mujeres se quitan las faldas, (de allí viene el nombre de la hormiga) y se quedan inmóviles, desnudas, esperando pacientemente que esa nube pase. El menor movimiento ocasionaría la muerte, pues nadie podría resistir a millones de picaduras violentas que los desangrarian.

Tenía razón el sabio Saint-Hilaire al decir la frase aquélla.

Veamos el interior de la selva y la presencia del hombre, del cuál no hemos dicho casi nada. Y es justo proceder así, porque el hombre es la última cosa que se ve y se conoce en el Amazonas. Cuando tuvimos la oportunidad de viajar por toda la hoya, en una travesía de las más variadas, que duró alrededor de ocho meses, vimos la selva desde cuatro mil metros de altura; la vimos desde sus entrañas, la vimos desde sus inmensas avenidas líquidas. La vimos en el ensueño de Julio Verne, en las líneas perfiladas de los novelistas, en la imaginación del seringueiro, en los cuentos de los viejos habitantes de sus pequeñísimos pueblos. Penetramos su misterio cuanto nos fué posible. Sacamos algunas anotaciones. Vamos a verlas más o menos esfumadas, en un escorzo de cierto modo impresionista.

La selva no tiene fronteras para quien la mira desde lo alto. Inversamente, da la impresión de mar con unas cuantas islas de agua, lagunas de colores variadísimos, a pesar de encontrarse unas cerca de las otras. Son lagunas verdes, de verde esmeraldino. Son amarillas barrientas, son negras como los ojos de las indias, son azules como un puro reflejo del cielo. Y a su alrededor, la selva apretándolas, con un celo de fiera. ¿Cómo sería pues, su interior? No lo imaginábamos. O, por lo menos, lo imaginábamos inhabitado, oscurísimo. Pero se completó nuestro juicio cuando bajamos del avión y penetramos en sus grutas. Caminábamos como Jonás en el vientre del cetáceo bíblico. Una que otra luz venía como una flecha del cielo y se perlabo de miles de mosquitos coloreados, con alas delicadas y vibrátiles, que daban la impresión no de vuelo sino de estar suspendidos de un hilo invisible. La "picada", o sea, el camino individual, es sinuoso e irregular como una serpiente de dorso partido. Troneos milenarios están firmes como soldados con los brazos en torno de la cabeza, allá en lo alto, debatiéndose por alcanzar la luz. Las piernas húmedas, cubiertas de botas de terciopelo verde. Para encontrar animales no hay que trabajar mucho; basta alejarse de la orilla del río unos quinientos metros y ya es posible descargar el rifle sobre el caimán vagabundo o sobre una familia de monos que veranea por allí y nos tira con frutos sobre la cabeza, cuando no se les ocurre una lluvia artificial sobre nuestras desprevenidas pisadas. Los hay de todos los colores y tamaños. A unos los llaman con acierto, "macacos - de - cheiro", pues tienen un perfume embriagador. Otros parecen hombres, negríssimos, con largas colas que les sirven de soga para saltos maravillosamente plásticos.

Cerca de un arroyuelo tuvimos un día la oportunidad de constatar la

huella digital de un tigre que acababa en ese momento de beber agua... Tenía el tamaño de mi mano cerrada. Miramos alrededor, pero sólo vimos la serenidad estática de los árboles.

En ese mundo vive el amazonense, caboclo descendiente de los portugueses de las primeras travesías atlánticas, y de los indios tapuyos, elegantes y dueños legítimos de la tierra y de las aguas. Hombre sobrio, valiente, de color mate, cabellos lisos, mirada inteligente y serena. Pequeño, en general, se viste con pantalones cortos; tiene siempre pendiente de la cintura un largo cuchillo, que recibe varios nombres —“peixeira”, “parahyba”, “matagente”, etc. Su arma predilecta es el rifle, el 44, con el cual hace prodigios de puntería. Camina siempre solo, y la soledad le confiere nobleza. Vive con su mujer e hijos en una cabaña toda hecha de madera de una palma —la “paxiuba”. Su cabaña es fragilísima y está montada sobre estacas. En general, no muy lejos del río. Tiene varias canoas y desde niño está expuesto a todas las dificultades del valle. Entra a las selvas a la madrugada, cerca de las 3 y media, con una lámpara de kerosén a la cabeza, rifle pendiente del brazo, un machete y así, sin más que su coraje, penetra en ese mundo dantesco a hacer tajos en la “seringa”, o sea, el árbol de la goma, que no es lo que ustedes en castellano llaman caucho. Eso es otra cosa. La goma es resultante de un líquido blanco llamado **latex**, que escurre del tajo que le da el “seringueiro” a la **hevea** y recoge en una vasija pequeña, como caneca. Da la vuelta en lo que él denomina “estrada”: camino circular de cuatro kilómetros, que empieza y termina en su cabaña.

Llega a las diez y media. Toma su almuerzo, conversa un rato con la mujer, que mientras él se ausenta cuida de la casa o del pescado, toma un trago de aguardiente de caña y vuelve a la selva. Da otra vuelta recogiendo la sangre blanca de los troncos en un vaso grande. No es raro que encuentre un animal cualquiera, grande o pequeño; le tiene reservada una descarga de rifle y sabe que así tiene alimento garantizado por algún tiempo. Una vez en la cabaña, enciende una hoguera que da calor en alto grado porque le echa una semilla oleaginosas, y hace girar un palo sobre el humo, derramando despacito el líquido, que va tomando forma esferoide y se va endureciendo rápidamente. La pelota alcanza generalmente a pesar de 35 a 40 kilos. Allí está el oro negro que llegó a valer 2 pesos por kilo en 1915 y 16, y que ahora mismo, por efectos de la guerra ha subido considerablemente y alcanza valor de un peso con cincuenta por kilo.

Lo que ustedes denominan caucho es la **castilosa elástica**, otro árbol, con otro proceso de extracción. Cada tronco, para dar su porción de caucho tiene que ser derribado por la base. La cosecha es, pues, una exterminación de selvas íntegras. Fué lo que pasó en el Perú, uno de los primeros exportadores de caucho del mundo, según el testimonio de Euclides da Cunha, en su magnífico libro “A Margem da Historia”.

El Estado del Amazonas dispone de 1.800.000 kilómetros cuadrados, que deben ser agregados a los 2.000.000 del Estado del Pará, para que se tenga una idea de lo que es geográficamente la Amazonia brasilera. También es cierto que el Perú, Colombia, Venezuela participan de la hoya amazónica, aunque en trechos bien menores.

Pues allí, en ese mundo en formación, hay una selección natural en que solamente resisten los fuertes. El hombre amazónico es un héroe silencioso.

Las inmigraciones extranjeras que allí intentaron establecerse fracasaron. Los japoneses fueron los más resistentes e hicieron largas plantaciones de yuta, logrando superar en calidad a la yuta indiana. Pero tampoco pueden sumar las calidades que conjuntan la personalidad del amazónense legítimo, que es, a su vez, nieto de los vaqueros nordestinos que salieron de sus provincias acosados por las sequías feroces que asolaron al Brasil del Nordeste, por los años de 1877 y 90.

El caucho, o mejor dicho, la goma es la riqueza principal del valle amazónico. La más pura, la mejor de cuantas hay en la tierra, viene del Territorio del Acre, en la frontera con Bolivia. Pero la castaña del Pará, más conocida en el mundo comercial como **Brasilian Nut**, alcanza hoy un índice de exportación considerable, pues consiguió superar la crisis que iniciaron los plantadores de goma, ingleses y holandeses, en India, en Java y Sumatra. Los Estados Unidos son los principales compradores. Sólo estoy seguro de una cosa: de que ellos no tienen la menor idea de lo que cuesta ir a la selva a recoger esos deliciosos frutos.

Otro momento dramático para el hombre del Amazonas es cuando se acerca la cosecha de la castaña. La castañera es un árbol que mide generalmente de 30 a 50 metros. Allá arriba se cuelgan los ouricos que pesan cada uno un kiló. Durísimo bombardea a quien se atreva a reposar bajo sus ramas cuando se insinúa la brisa musical del Amazonas. Hay días, y eso lo sabe el instinto del caboclo, en que es posible hacer la cosecha de los frutos tirados en el suelo, pero hay días en que eso significa muerte segura.

Conseguidos los frutos se les amontona, se les parte, recogiendo las semillas, que vienen a ser la parte comestible; se les recoge en sacos sobre mulas y asnos, y parten del interior de la selva los convoyes alegres, con una melodía, guiando los pasos de toda la tropilla, por el sertón triste, lentamente, con naturalidad espantosa y bella.

A pesar de haber solamente 500.000 habitantes por todo ese mundo de 1.800.000, referímonos únicamente al Estado del Amazonas, no hay trecho en la selva que no esté explotado, o por lo menos, que haya sido pisado por el hombre.

Es fácil imaginar el aislamiento en que vive el caboclo; él debe recorrer cinco o seis kilómetros diariamente y que las cabañas se extienden a grandes distancias una de la otra, para que podamos ver desde lo alto de la selva como una red inmensa, toda dibujada por pasos humanos, toda bordada de líneas que ya no son interrogantes para quien tiene todavía en el corazón un rincón donde conservar el amor por la naturaleza y el reconocimiento al valor de los hombres que juegan con la vida para construir una patria, una unidad espiritual, un pueblo y, a mi ver privado, una estética magnífica que merecerá todavía páginas de inspiración puramente artística. El Barón de Humboldt que, a pesar del ridículo decreto que le prohibía la entrada al país por considerarlo como un peligroso aventurero que bajaba por el Amazonas, tuvo tiempo y ocasión de visitar ese exuberante trecho de la tierra y de decir una frase que es bien conocida y

cada día se hace más verdadera. "El Amazonas será todavía el granero del mundo". El es, a pesar de todo, lo que se ha escrito, una página inédita de la Historia Natural. Todos preguntan por los mosquitos, el clima, las fiebres; pero no se ve allí más que una fantasía que se concreta en forma, línea y colores, como materia prima para una obra o muchas obras geniales así, del mundo de la poesía como en los dominios de la plástica.

Es pecado transformar el Amazonas en un centro de turismo.

Mucho más se podría hacer y creo que se hará, si es posible que D. Quijote de la Mancha cambie su caballo por una canoa y venga un nuevo Cervantes a decirnos lo que vale y lo que no vale en aquel centro maravilloso de las tierras tropicales.

N. L. F.